

Oliverta tomaba actitudes de vigilante, haciendo alarde de su severidad de gendarme de la moral ante aquellos dos enamorados que no lo parecían. ¡ Ah, si ella hubiese podido adivinar en el alma de Hortensia el terror, el disgusto de su terrible desprecio !

— Anda, capona, le decía alguna vez, aunque sus ojos rebotaban de cólera, porque le parecía que el asunto se prolongaba demasiado y que la jóven le excitaba no atreviéndose á afrontar los reproches y las repugnancias de sus parientes. ¡ Cómo si esto pudiera tenerlo en cuenta aquella naturaleza fiera y libre, como si amára de véras! pero, ¿ cómo decir yo le amo, y armarse, excitarse, combatir, cuando no se ama ?

Sin embargo, ella había prometido, y cada día la acorralaban con nuevas exigencias; así la campesina quería á toda costa que fuera al estreno del tamborilero en el café-cantante, contando con que el éxito y los aplausos concluirían por decidirla; y al fin, despues de prolongada resistencia, la pobre jóven consintió en salir de noche, sin que su madre lo supiera, empleando la mentira y sujetándose á la complicitad humillante de la servidumbre. Había cedido de miedo, por debilidad, y quién sabe si también con la esperanza de volver á ver su vision primera, el espejismo desvanecido, que volviera á encender en su corazón la extinguida llama.

XV.

El Skating.

¿ Dónde estaba eso ? ¿ A dónde iba ella ? El *fiacre* había caminado largo..... largo tiempo, y Oliverta, sentada á su lado, estrechándole las manos, tranquilizándola, hablaba con febril entusiasmo..... Nada veía ni oía, y el chirrido estridente de las ruedas nada significaba para ella; ni veía tampoco aquellas calles, aquellos bulevares, aquellas fachadas, que contemplaba como en su aspecto ordinario, porque bajo la viva emoción que experimentaba, los objetos tomaban formas incoloras, cual si aquel carruaje la llevase indistintamente á una boda ó un entierro.

Por último, unos pasos más y se detienen ante un espacioso andén inundado de luz clara, que dividía en negras sombras, difusas, la apiñada multitud allí reunida.

Veíase una ventanilla para el despacho de billetes; á la entrada de ancho corredor, una mampara forrada de terciopelo encarnado, y despues la sala, una sala inmensa, que con su nave, sus contornos y el estuco de sus altas paredes le recordaba una iglesia anglicana, en donde ella había estado alguna vez para un casamiento; sólo que aquí estaban las paredes cubiertas de carteles de anuncios, mezclados con sombreros y camisas á la medida (á cuatro francos y cincuenta céntimos); los reclamos de los establecimientos de confección alternando

con los retratos del tamborilero, cuya biografía se dejaba oír con aquella voz chillona, válvula de los vendedores de programas, en medio de una algazara atronadora; el murmullo de la muchedumbre que circulaba; el zumbido de los trompos sobre el paño de los billares ingleses, y el vocerío de los vendedores de artículos de consumo. Las ráfagas de armonía, interrumpidas por las descargas patrióticas que salían del fondo de la sala, estaban dominadas por un perpétuo ruido de patines de ruedas, que iban y venían sobre ancho espacio asfaltado, rodeado de balaustrada, en una marejada de sombreros forma *Directorio*.

Azorada, desatinada, palideciendo unas veces y ruborizándose otras bajo su velo, Hortensia caminaba detras de la provenzala, siguiéndola difícilmente á través de un dédalo de pequeños veladores colocados caprichosamente, á los cuales habia sentadas varias mujeres, dos á dos, que bebían, con los codos sobre la mesa, fumaban cigarrillos, y tenían una rodilla sobre otra, con ademan displicente.

De trecho en trecho, junto á la pared, habia un mostrador con provisiones, y detras una jóven de pié, con los ojos y los labios pintados, adornada con lentejuelas de acero bruñido sobre una peluca negra enmarañada en la frente; y aquel blanco, aquel negro de carne pintada, aquella sonrisa de bermellon, se hallaba en todas ellas como si fuese una librea de apariciones nocturnas y ajadas.

Siniestro era también el lento pasear de aquellos hombres que se agrupaban, insolentes y brutales, entre las mesas, dirigiendo á derecha é izquierda el humo de sus enormes cigarrillos, y con el aire insultante que afectaban al hacer sus tratos comerciales, aproximándose para ver el muestrario más de cerca.

Y lo que más daba idea de su mercado era aquel público cosmopolita y fullero, público de hotel, desembarcado la vis-

pera, venido allí en *negligé* de viaje, con gorros escoceses; las faldas rayadas; las americanas impregnadas de las brumas del Canal de la Mancha, y las pieles moscovitas, que aún no habian sacudido el hielo del Norte; las largas y negras barbas; el aspecto arrogante, fiero, de los hombres de las orillas del Sprée, disimulando en la abertura de sus bocas de faunos la fiebre hambrienta de los tártaros, con sus gorros otomanos sobre rendigotes sin cuello, negros, con trajes relucientes como la seda de sus sombreros, pequeños japoneses á la europea, avellanados y correctos como figurines, y arrugados por la acción del fuego.

— ¡Buen Dios, qué feo es! — exclamaba repentinamente Oliverta ante un chino muy grave, con su larga trenza de cabello sobre la espalda, con una túnica azul; ó bien se detenía, y codeando á su compañera: — ¡Ve, ve la casada!.....

Y señalaba á una mujer que ocupaba dos sillas, sobre una de las cuales tenía los piés, calzados con botinas de raso blanco con los tacones de plata, vestida toda ella de blanco, con el traje abierto, y en cuyos cabellos se sujetaba con flores de azahar el velo de una mantilla corta.

Después, escandalizada de pronto con palabras que la edificaban respecto de aquel naranjo de casualidad, la provenzala añadió misteriosamente:

— *Une poison*..... ¡Ya sabeis!.....

Al momento, para retirar á Hortensia del contacto del mal ejemplo, Oliverta la condujo al recinto del centro, en cuyo fondo, y ocupando el lugar del coro en una iglesia, se levantaba el teatro bajo luces eléctricas intermitentes, que procedían de dos reflectores colocados en los frisos, cual si fueran los ojos de un Padre Eterno iluminando imágenes de santidad.

Allí se descansaba del tumultuoso escándalo de los paseantes: ocupaban las localidades familias de aldeanos y abaste-

cedores del barrio; habia pocas mujeres; hubiera podido creerse que se estaba en la sala de un espectáculo cualquiera, sin la horrible zambra con que llenaba siempre la atmósfera un compas regular de mortificacion, el patíneo sobre el asfalto predominando al sonido de los instrumentos de metal y aún de los tambores de la orquesta, haciendo posible únicamente la mimica de los cuadros vivos.

Descorriase el telon entónces, al representarse una escena patriótica en que aparecia el leon de Belfort, enorme animal de carton piedra, rodeado de soldados en actitud triunfante sobre murallas derruidas, con los kepis en las bocas de los fusiles, siguiendo el compas de una insoportable *Marsellesa* difícil de entender.

Aquella escena, aquel delirio excitaba á la provenzala, cuyos ojos se salian de sus órbitas, y hacia por colocar á Hortensia, y le decia:

— Aquí estamos bien; pero..... levantaos el velo..... no tembleis..... ¡ Si conmigo nada teneis que temer!.....

La jóven nada respondia; su imaginacion estaba preocupada con su lento paseo afrentoso, en que ella se habia confundido con todas aquellas caras descoloridas... Y hé aqui que se encuentra de nuevo en frente de tan horribles máscaras, de labios sangrientos, de las muecas de dos *clowns* dislocándose, con pantalon ceñido, con una campanilla en cada mano, repicando un aire de *Marta* en medio de sus cabriolas; verdadera música de gnomos, informe y tartamuda, ocupando su legítimo puesto en el armónico babelismo del *Skating*.

Cae nuevamente el telon, y la aldeana, levantándose y sentándose diez veces, moviéndose en todas direcciones y arreglando su cofia, exclama de repente segun el programa:

— *La Sierra de Córdoba..... Las Cigarras..... Farandola.....*
¡ Eso comienza!..... ¡ Ve, ve!

Levantada otra vez la cortina, dejaba ver sobre el telon

del fondo una colina con lilas y edificios de formas caprichosas, medio castillos, medio mezquitas, terminados en minaretes y en terrazas, divididos por ojivas, troneras y almenas, y con álces y palmeras de zinc al pié de torres inmóviles, bajo un cielo de azul muy subido.

En los alrededores parisienses, entre las casas de recreo del comercio enriquecido, se ven esas arquitecturas chocarreras.

A pesar de todo, no obstante los tonos chillones de las pendientes floridas de tomillo, y las plantas exóticas esparcidas por la sierra de Córdoba, Hortensia experimentaba una emocion desagradable ante aquel paisaje de donde surgian sus más risueños recuerdos; y aquella ciudadela osmanlí sobre el peñasco de pórfiro rosa, aquel castillo reconstruido, le parecia la realizacion de sus ensueños, pero burlona y pesada como cuando el sueño está á punto de convertirse en pesadilla.

A la señal de la orquesta y á una explosion de luz eléctrica, grandes mariposas, figuradas por jóvenes vestidas con pantalones ceñidos, de seda verde esmeralda, se lanzaron al aire, agitando largas alas membranosas y rechinantes sonajas.

— ¡ Eso, las cigarras!..... ¡ No más!..... — dijo la provenzala indignada.

Pero ya se habian colocado todas formando semicírculo, á guisa de media luna color esmeralda, agitando siempre sus sonajas muy perceptibles ya, porque la algazara del *Skating* se aplacaba, y el zumbido se habia detenido un minuto en un bosque de cabezas apiñadas é inclinadas, que miraban por bajo de toda clase de peinados.

La tristeza que atormentaba á Hortensia se aumentó todavía más al oír el lejano sonido del tamboril, que iba creciendo á medida que se acercaba. Ella hubiera deseado huir, no queriendo ver lo que iba á entrar.

El gaitero dejaba escapar á su vez sus notas agudas, y levantando con la cadencia de sus pasos el polvo del tapiz de

color de tierra, se desenvolvía la *farándula* con caprichosos trajes, enaguas salientes y cortas, medias encarnadas á cuadros de oro, chaquetas bordadas de lentejuelas, peinados de zequíes, abrigos de formas italianas y curruacas de un completo desprecio parisiense, para la verdad local.

Detras venía á pasos marcados, empujando con la rodilla un tambor forrado con papel dorado, el gran trovador de los anuncios, con pantalon ceñido y abierto por los costados, una pierna amarilla con calzado color azul, y otra pierna azul calzada de amarillo; la chupa, de raso con borlas; la gorra, de terciopelo recortado, haciendo sombra á un rostro que permanecía moreno á pesar del afeite, y del cual no se veía más que un bigote aguzado con la pomada de Hungría.

—¡ Oh!—exclamó Oliverta extasiada.

Colocada la *farándula* á los dos lados de la escena, ante las cigarras de grandes alas, el trovador, solo, en medio, saludó, seguro y vencedor, bajo la mirada del Padre Eterno, que inundaba su chaqueta con una escarcha luminosa.

La alborada comenzaba rústica y fría, asomando apenas las candilejas sobre la rampa; dibujando un momento las banderolas del techo; cayendo, por último, en las columnas del vasto edificio, y perdiéndose en un silencio fastidioso.

El público miraba sin comprender.

Valmajour comenzó otro trozo, acogido desde los primeros compases por risas, murmullos y apóstrofes.

Oliverta tomó la mano de Hortensia.

—Esto es la trama.... ¡atencion!

La trama se resumió aquí por algunos: «¡ Chito.... más alto!....», y chanzas como la de aquel que gritaba con una voz ronca de mujer á la complicada mimica de Valmajour:

—¿ Has acabado ya, conejo sabio?

Después, el *Skating* tomó su curso de ruletas y billares ingleses, cuyo infernal movimiento eclipsaba los sonidos de la

gaita y el tamboril, que el músico se empeñaba en sostener hasta el fin de la alborada, y luego saludó y se adelantó hácia las candilejas, seguido siempre por la luz oculta que no le abandonaba.

Vióse á sus labios moverse y decir algunas palabras.

—Esto me ha sobrevenido.... un agujero.... tres agujeros.... El ojo del buen Dios....

Y comprendido por la orquesta, su ademan desesperado fué la señal de un baile, en que las cigarras se enlazaron con las huries de Caux, tomando actitudes plásticas, ejecutando danzas ondulantes y lascivas, iluminadas por rayos de bengala, que en forma de arco iris llegaban hasta los zapatos puntiagudos del trovador, el cual continuaba su mimica de tamboril ante el castillo de sus abuelos, como el héroe del apoteosis.

¡ Y su historia era ésa! Hé ahí lo que Paris habia hecho de ella.

El sonoro timbre del viejo reloj colgado en su habitacion dió la una, y Hortensia se levantó del confidente sobre que habia caído anonadada. Al entrar de nuevo, dirigió una mirada á su dulce nido de virgen, á la comfortable tibieza del fuego de una lamparilla amortiguada.

—¿ Qué es, pues, lo que he hecho? ¿ Por qué no estoy acostada?

No se acordaba ya, y sólo conservaba una penosa postracion de todo su sér, y en la cabeza un ruido que oprimía sus sienas. Dió dos pasos, y observó que aún tenia puesto el sombrero y el abrigo, y entónces lo recordó todo.... Recordó la salida del lugar donde habia estado despues de caído el telon, su vuelta por el odioso mercado, los *bookmakers* embriagados golpeándose delante de un mostrador; las cínicas palabras que cuchicheaban á su paso; luégo, la escena de Oliverta á

la salida, queriendo que ella fuese á felicitar á su hermano; su cólera en el *fiacre*, las injurias que aquella criatura le dirigia para humillarse en seguida y besarle la mano, excusándose. Todo esto se confundia y revoloteaba en su memoria, con las cabriolas de los *clowns*, los ecos discordes de las campanas, de los címbalos y de las sonajas, y la explosion de luces multicolores alrededor del ridiculo trovador, á quien ella habia entregado su corazon. ¡ Horror físico la sublevaba á esta idea!

— ¡ No, no, jamas!..... ¡ Preferiria morir!—Y de pronto percibió, en el espejo que tenia enfrente, un espectro con las mejillas hundidas y los hombros embebidos con un ademán de frío. Aquello se le parecia un poco, pero mucho más á aquella princesa de Anhalt, cuya compasiva curiosidad revelaba en Arvillad los tristes síntomas, y que acababa de morir á la entrada del invierno.

— ¡ Toma, toma!.....

Ella se inclinó, se aproximó, recordó la inexplicable bondad que todos le demostraban, el espanto de su madre y el enternecimiento del viejo Bouchereau á su partida, y comprendió.....

En fin, ella tenía el desenlace..... Todo se explicaba por sí solo..... Hacía mucho tiempo que lo buscaba.

XVI.

A los productos del Mediodía.

— La señorita está muy mala..... La señora no quiere ver á nadie.

Era la décima vez que, desde hacía diez dias, Oliverta recibia la misma respuesta. Inmóvil, con la mirada fija en el suelo ante aquella pesada puerta cimbrada, con aldabon, como sólo se encuentran bajo las arcadas de la Plaza Real, y que, cerrada, parecia impedirle para siempre el paso á la antigua morada de los Le Quesnoy.

— Va bien — dijo ella. — Ya no volveré más..... Ahora serán ellos los que me llamen.....

Y se retiró muy agitada con la animacion de aquel barrio de comercio, donde las carretas cargadas de fardos, de pipas y de barras de hierro se cruzaban con carros de mano, que circulaban bajo los pórticos en el fondo de los patios, en donde se clavaban cajas de embalaje. Pero la aldeana no se percibia de aquella batahola infernal, de aquella trepidacion laboriosa, que conmovia hasta el último piso de las casas más elevadas; todo ello producía en su pobre cabeza un tropel distintamente estrepitoso de pensamientos brutales y de choques terribles de su voluntad contrariada, é iba, sin sentir la fatiga, caminando á pié para economizar el gasto del ómnibus, por la larga distancia del Marais á la calle de l'Abbaye-Montmartre.